

Sugerencias de Mayo

Bella y risueña se ofrece a nuestros ojos la deliciosa y encantadora primavera. El cielo osténtase sereno, tranquilo el aire, radiante de luz.

¿Quién, después de un sueño reparador, dormido en la paz del Señor, al asomar la cara en el gozo matutino de un día de primavera, radiante de sol y de límpido azul, no ha sentido nacer la alegría en su corazón y de lo íntimo de su ser, efusivamente, no ha bendecido al Criador?

Así aparece ante nosotros el hermoso mes de Mayo. Para muchos, la llegada de este mes encantador y por antonomasia mariano, suele ser generalmente sentimental y ficticio: flores, nubes, pájaros, y un sol apacible y dulzón que invita a soñar. No saben que lo bello y lo bueno de él está rodeado de meditación, sugerencias, amor e imitación.

Y ¿qué razón, lector querido, puede haber influido en la elección de este mes de Mayo para tal devoción, con preferencia a otros meses? Porque dicho mes nos ofrece en la rejuvenecida naturaleza, no sólo la frescura del aire, la salubridad de los vientos y la pureza de la luz, sino principalmente la variedad de las plantas, la multiplicidad y lozanía de las flores, siendo, por tanto, el mes a propósito para hablar a nuestro corazón de Aquella que todos reconocemos con la Iglesia: florida Vara de Jesé, mística Rosa de Jericó, cándida Azucena de los valles y Flor siempre bella y olorosa de los campos.

¡Oh! ¡Y cómo en los lindos vergeles, esmaltados de flores, embelesa y embriaga el aroma que de ellos se desprende! Pero, no es, no, la vista de los jardines materiales lo que transporta mi corazón; son otras sugerencias, místicamente representadas en las flores, las que han de ocupar nuestra imaginación y con las que hemos de solemnizar estos días de Mayo.

Introduzcámonos durante este mes en el célico jardín mariano y no salgamos de él sin antes haber cogido aquellos gérmenes de los que se halle falto nuestro corazón. En los umbrales de este escogido jardín encontraremos la inocente Primavera, que nos invita a la diligencia; más allá, al selecto Junquillo, que nos habla de la gracia resaltando una y otro entre un grupo de misteriosos geranios, que nos llaman a una vida retirada y cristiana. Más lejos se ofrecerá a nuestras miradas un arbusto, que nos habla de modestia: es la Viudita; aquí una graciosa Maravilla, que nos enseña a levantar los ojos a cada instante al Ser Supremo; allí, una Azucena revestida de pureza; allá, una Violeta que se nutre de humildad; acá, una Verónica que se distingue por su fidelidad; acullá un Clavel, que nos induce a la beneficencia. Y a medida que nuestro paso irá adelantando, veremos la Campanilla, que nos ordena dar gracias a Dios; el Majuelo, que nos inspira confianza; el Lirio cárdeno, que enciende en el corazón la llama más pura e intensa de caridad.

Y si desde el llano pasamos a la cumbre de la colina, quedaremos asombrados al percibir los perfumes de aquel espiritual Estramonio, al contemplar las bellezas de aquella mística Rosa, y los misterios de aquel estrellado Eliótropeo; y la robusta Anémone, la coronada Pasionaria, el Botón de oro; la escogida Miosotis, la graciosa Madreselva, y el delicioso Jazmín, vendrán igualmente a arrebatarnos con violencia nuestras almas extasiadas, unas sobre la cima del monte misterioso, otras en las márgenes del plateado riachuelo, y otras, finalmente, en el interior del bosque frondosísimo y todas, cual nueva escala de Jacob, serán como otros tantos peldaños que nos elevarán hasta el radiante Trono de hermosura, mansión de la Divinidad.

Mas, para ello es preciso imitar lo que meditamos, y copiar lo que admiramos.

¿Cómo titularse devota de María, el alma que no guarda pura su azucena, que descubre las flaquezas del prójimo, o se mofa de la devoción ajena?

¿Cómo llamar verdaderamente devota de María, aquella madre que no custodia santamente a su prole, no la educa en las vías del Señor, no la vigila día y noche, ni la aparta de cuanto pudiera ofuscar su inteligencia, corromper su corazón o pervertir su voluntad?

¿Cómo tener por devoto de María, al que no cesa de pecar y ser tal vez el escándalo y la perdición de la juventud?

Admira, pero imita. Reproduce en ti las virtudes de María. Así tus ruegos serán atendidos y tu corazón se convertirá en suelo fértil y productivo, esmaltado de infinita variedad de flores y serás objeto de las miradas y complacencias más cariñosas del Hijo y de la Madre.

¡Primavera!

Han vuelto las danzas a llenar la plaza. Sol y alegría. Bajo las ramas, que ahora dibujan su sombra primera, deambulan ellas y ellos. La palabra sale fácil de los labios risueños. ¡Es primavera!

Trenzan en el cielo sus arabescos las golondrinas. Se asoman las flores a la ventana. La plaza hormiguea al ir y venir de los novios emparejados. ¡Mayo y domingo!

Ellas llevan su falda al vuelo como aleteo de mariposa. Y la sangre bulle, como agua en caldera de máquina que corre fugaz por las paralelas de una vía infinita.

El disco rojo de la moralidad señala peligro.

Todo invita para apresarnos en esa ola corrupta de bajos instintos. Aquella falda corta. Las desnudeces provocativas de las playas sabrosas. Ese rozarse de brazos desnudos en las matinales excursiones...

Todo parece guiarnos al desliz y al deleite.

Atención al disco rojo: ¡Peligro!

¡Es primavera! Que no desflorezcan, decrépitos, nuestros corazones.